

La forma planá es «un carácter dominante» y la forma embudo, «un carácter abandonado».

Si dos plantas de las obtenidas con el primer cruzamiento se vuelven a cruzar, su progenie, segunda generación, dará 75% de flor plana y 25% forma de embudo.

Aceptamos que las células de la flor plana original tenían un par de cromosomas que llevaban a su vez un par de factores que determinaban la forma plana.

Aceptamos también que en las cromosomas de la variedad de embudo hay un diferente par de factores que, cuando están en doble número, determinan la forma de embudo.

Cuando hacemos el cruzamiento, lo que en realidad mezclamos son huevos que llevan la mitad factor plano y la otra mitad factor embudo, con «game-tes» masculinos que, de igual modo, la mitad pertenecen a una de las variedades y la otra mitad a la restante.

Sólo en el caso de unirse un factor embudo (huevo) con un factor embudo (gamete) masculino se «obten- drá planta con flor de forma de em- budo».

Esto puede ocurrir una vez en cua- tro fertilizaciones.

Así vemos que el carácter «embudo,» de los padres, queda latente en los hi- jos y reaparece en los nietos.

«Ningún factor se altera con la hi- bridación».

En último término, no se conoce in- fluencia alguna que pueda cambiar la naturaleza de un factor; los biólogos dicen que el factor es lo más estable que puede encontrarse.

Esto confirma uno de los principios básicos de Mendel, el padre de la cien- cia en lo que a herencia se refiere.

El híbrido dominante lleva al través de las generaciones el carácter aban- donado y no es posible apreciarlo con la simple observación.

Fuente débil, en el hombre, es un carácter abandonado (cierta clase de debilidad mental, por lo menos) y por esto sucede que aparece, de padres de condiciones normales, un niño débil mentalmente. (Ob. 2).

La condición «ojos azules» es un caso parecido y salen individuos con ese carácter de padres de «ojos oscuros».

Los resultados son más complejos cuando se mezclan dos puros de cada clase.

Así, si una Phlox de flor plana y blan- ca se mezcla con otra de flor embudo y coloreada con la primera generación, todas serán con los caracteres domi- nantes color blanco y forma plana.

La generación de los nietos es una mezcla: en cada 16 individuos, 9 son de flor blanca y forma plana; tres, blancos y forma embudo; tres colorea-

dos y forma plana y uno coloreado y forma embudo.

Si la flor blanca y plana y la em- budo coloreada fueran las dos únicas variedades existentes, podríamos obte- ner dos nuevas creaciones: embudo blanco y plana coloreada.

Todos los organismos deben consi- derarse como un conjunto de caracte- res, que puede disociarse cuando los generadores (gametes) se forman y ca- paz de hacerse de nuevo, el conjunto, con nuevas combinaciones, cuando se verifica la fertilización.

Este fué el principio que hizo ex- clamar al gran botánico Baur que

«dándole un poco de tiempo él podría producir bocas de dragón al gusto del cliente».

El éxito de Lutero Burbank como creador de nuevas variedades de plan- tas es debido, en gran parte, a la pro- ducción de combinaciones de caracte- res que resultan de la hibridación.

JUAN J. CARAZO

(Trad. para el REPERTORIO AMERICANO).

P. S.

Anotamos dos observaciones a las cuales hemos de referirnos en un próximo trabajo.

Los niños de Pérez Galdós

¿Quién ha pintado los niños como Galdós? Nadie en España ni en el mundo. Los niños de Galdós viven, juegan, sufren, crecen y mueren con una reali- dad tan honda que al ser padres nosotros la comprobamos con los nuestros.

ALBERTO INSUA

EN una revista española de 1920 he encontrado en estos días una ilus- tración que me ha conmovido tan hondo! Es la fotografía de la cabeza de don Benito en su lecho de muerte.

Y ante la imagen de la cabeza exá- nime, me he sobrecogido como si den- tro de ella se ocultara un dios.

¡Cabeza más fecunda que las entra- ñas de centenares de mujeres fecun- dadas!

De esta matriz maravillosa han salido tántas criaturas verdaderas de carne humana a pecar, sufrir y amar por la tierra, exactamente iguales a las que resultan del acoplamiento de los sexos.

No son seres reflejados los suyos, no son seres fotografiados ni retrata- dos, que fueron engendrados allí den- tro por el mismo choque creador de animales y plantas. La fuerza miste- riosa que rige el universo, tuvo a bien tomar esa cavidad craneana por el vien- tre de una Eva.

¿A qué extrañar entonces que des- pués de haberlos parido, esta intelligen- cia haya seguido a sus hijos, con la misma mirada de amor y de piedad con que las madres siguen la peregrinación de los suyos, sin erigirse en jueces?

* *

Por entre la cabellera inanimada surge una fila de figurillas infantiles: dijéranse gnomos que salen del suelo de una montaña arrasada por la tem- pestad. Son los niños de sus libros. Forman una ronda en torno de la ca- beza sin vida. Se piensa al verla en la corona de vid que ciñe la cabeza de

Pan muerto. Reflejos de miel ríen en- tre los racimos que tocan la apagada frente, pero la mayor parte de los gra- nos están henchidos del jugo que ha de convertirse en el vino del Dolor.

1.—MARIANELA

«Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspon- diente a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente consti- tuido. Era como una joven- zuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o de- bido entrar en el juicio. A pesar de esta disconformidad era ad- mirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de dis- minución; alguno como una niña con ojos y expresión de adoles- cente. No conociéndola se du- daba si era un asombroso pro- greso o un deplorable atraso.»

La ronda se pone en movimiento.

Pasa Marianela, descalza, adornada de flores silvestres medio ajadas, la ca- becilla desgraciada y salvaje, teñida de rojo la figura entera por el mineral del ambiente.

¡Ah! ¡Nela de mi alma! Yo quiero creer que vista de muy lejos, debías parecer por lo fina y chiquitita una de las tanagras que se guardan como cosa preciosa en los museos de Europa.

Los ojos, dos pedacitos de tristeza. La sonrisa, ¿fué que una lágrima se equivocó y en vez de nacer entre los párpados manó entre sus labios?

No sirve para nada la Nela. Sólo para amar... Pero no hay armonía entre el licor y la copa: su Amor es inmenso y su cuerpo miserable.

¡Señor! ¡Señor! ¿cómo queréis que una briznilla de hierba sostenga una estrella con la facilidad graciosa con